

CIENT AÑOS DE EMANCIPACION

1809-1909

Introducción á un Programa político

POR EL

SR. DR. DN. REMIGIO CRESPO TORAL

— 22 —

Edición acorde con la hecha en la Revista "La Unión Literaria" de Cuenca, Serie cuarta, Entrega segunda, Número de Agosto de 1909, y revisada por el autor.

— 22 —

QUITO

Setiembre 20 de 1909

Imprenta de Santo Domingo



CIEN AÑOS DE EMANCIPACION

1809-1909

Introducción á un Programa Político

I

Va pasada ya una centuria desde que la América Española lanzó el primer manifiesto solemne y ejecutó el acto inicial de su emancipación. A una ciudad de segundo orden de las colonias, cúpole adelantarse en el movimiento, cuyas sacudidas en todas partes se manifestaban ya y se generalizaron luego desde 1810, hasta que, en los campos de Ayacucho, se arrolló para siempre la bandera española; y una constelación de naciones ingresó á la familia internacional, con la locura y los arrebatos de la juventud y trayendo á la escena cien colores y blasones en sus banderas y sus escudos y un universo de ensueños para la vida constitucional.

En cuatro siglos, estas vastas Américas fueron hacienda y feudo de Europa: de España é Inglaterra, señaladamente. Antes, algunas colonias inglesas habían guerreado y héchoso reconocer como Estados Unidos independientes; y al andar de los años, aquella confederación debía ser la más poderosa gente de la tierra, que inclinaria el imperio y la superioridad hacia este lado del Atlántico.

La formación de las nacionalidades no proviene del acaso: el nacimiento de éstas obedece á las leyes de la naturaleza. Las naciones como los individuos se generan, nacen y mueren, dentro de la actividad Divina y en la libertad humana.

A los cien años de emancipación, ¿cómo se presentan las naciones hispano-americanas ante el tribunal de la historia? ¿cómo aparecen nuestra Patria —la antigua Quito, el Ecuador actual?

Al paso que las colonias inglesas independientes han prosperado hasta llegar al prodigio; cuando en ellas, inmensas urbes cuentan apenas sesenta ó cien años de vida y todo el territorio se halla como un jardín, limpio, cruzado de caminos, animado por redes y corrientes eléctricas, para luz, para

energía, para vida intensa; cuando hasta la aldea goza de los beneficios de la cultura moderna; en la América del Sur y del Centro, aún vegetan ciudades de cabañas y puertos de pescadores en perezosa existencia. Los pueblos desunidos, las naciones dispersas, ni hay homogeneidad que forme el imperio, ni patriotismo que engendre acciones heroicas y conquiste la grandeza.

II

¿Nacimos antes de tiempo? ¿Fuimos y aún somos ineptos para la vida independiente?

Crejóse, á principios del siglo XIX y por severos filósofos, que los americanos, los aborígenes sobre todo, eran seres inferiores, colocados en una escala étnica muy baja, y una excepción en la jerarquía racional. El P. Feijóo tuvo que rectificar, en su *Teatro crítico*, la general creencia europea de la precocidad y pronta caducidad del talento y discurso de los criollos. Aquello se creyó una forma de degeneración. Los pensadores anglo-sajones y alemanes fueron más lejos en su juicio; y Paw sostuvo que el clima del nuevo mundo había viciado completamente la cualidades y contribuido á la dege-

neración de los hijos de los europeos nacidos en tierra americana. Paw avanzó más: hasta sostuvo que todas las especies trasplantadas del antiguo al nuevo mundo habían sufrido una transformación desfavorable.

Mas, la historia del siglo XIX ha desvanecido aquella extraña conjetura, y los invariables principios de la filosofía que explica los acontecimientos, no han encontrado una excepción en América.

Las colonias inglesas, en toda la última centuria, patentizaron, que no sólo es absurdo lo aseverado por el seudo-filósofo prusiano, sino que lo vasto de la tierra y los dones todos de la naturaleza en aquélla acumulados, pudieron de suyo engendrar tanta fuerza, tanto vigor de inteligencia y tantos grados de superioridad moral y material, como los que han engrandecido á una nación americana: los Estados Unidos; en donde el trasplante del hombre europeo, en vez de traer degeneración de la raza, la ha enaltecido, por el trabajo, el bienestar y la ciencia.

¿Talvez el hombre latino, el español principalmente, fué y aún es incapaz de adelanto, en el nuevo mundo?

La historia de media centuria enseña que hasta los latinos, los portugueses, los mismos españoles, han podido sostener el decoro de la nacionalidad y la dignidad de la estirpe, y eso en medio de las corrientes de la asimilación. Nadie negará que el Brasil es un gran pueblo, que la República Argentina es una obra maestra del progreso latino, que Méjico ha solidificado las instituciones y ha realizado la civilización, más por el orden que por la libertad. Chile, desde Portales acá, es un país constituido, patriota hasta el delirio, fuerte como hecho de una pieza, rico y venturoso. Colombia mismo, ese Don Quijote de la libertad y los ideales y ensueños de política romántica, aunque desfallecida por sus luchas gigantescas, conserva la flor de la cultura,—las letras, la pasión por el arte y la limpieza de la pluma. Costa-Rica y el Uruguay han demostrado cómo, en un pequeño territorio, se puede constituir venturoso un pueblo, en el regazo de la paz y sin enojosos problemas que resolver.

Que los demás países americanos no hayan sido ni sean aún felices, ello se debe á causas diversas y á situaciones no estudiadas todavía. No se ha visto

que sea tan dichoso un padre de familia, que deje á todos sus hijos en honrada casa y quieta prosperidad. La paz no es con todos, ni en toda tierra arraiga desde luego la felicidad.

III

Según lo anterior, ¿fué ó no fué un beneficio la emancipación?

¿Se podrá asegurar que la emancipación fué un mal? No! que el nacido, nacido queda, aunque enclenque y sietemesino. La personalidad, ya individual, ya colectiva, es siempre un bien; y sería blasfemar contra las obras de Dios, maldecir del día en que vinimos á la luz.

Además, en condición de entidad soberana, hay más cohesión en los elementos sociales, que la que pudo haber bajo el gobierno metropolitano. Regidos y administrados desde muy lejos, la justicia se daba, tarde, mal ó nunca; la colonia no tenía más valor que el de la mina que da oro á sus señores; y no se adivinaba entonces, ni en el más distante límite del horizonte, la posibilidad de la autonomía, tal como Inglaterra supo darla á sus posesiones de ultramar, ó la emancipación, así como la concedió el Portugal al

Brasil, trasladando á éste lo mejor y lo más noble de su solar europeo.

Bajo el gobierno español, ni habríamos sido mejores, ni prosperado más; pues todos los vicios consuetudinarios en América arrancan de España, y el individualismo cerrado y la insolencia revolucionaria, españoles fueron, y de España vinieron con el mismo Cortés, con Balboa, con los Pizarros, con Carvajal; Gonzalo Pizarro fué el primer revolucionario y el primer *insurgente*.

En cuanto á las letras, es incuestionable que la condición de la colonia habría dilatado el progreso de aquéllas aquí, á lo menos en el sentido de darles color local y dulce sabor á la tierra propia.

Pero, demos que con España hubiésemos llegado á donde nos hallamos, ó quizás á mejor condición y estado; ¿no es compensación ese *delito mayor* pero honroso de *haber nacido*, como sociedad soberana? Somos de los ínfimos en el senado de las naciones; ¡pero, somos!

Quizás la independencia resultó prematura: no surgió como resultado de una corriente espontánea. Se la forzó á nacer, pues que no brotó de las masas sino de los espíritus escogidos, de

los criollos ilustrados y aún de algunos españoles vecinos de América que la amaron como tierra suya.

Además, las colonias españolas, no se independizaron como el Brasil, en manos de la monarquía,—plano inclinado y natural de la sujeción á la libertad. El salto mortal de la esclavitud á la licencia trajo el largo y cruento desequilibrio con que las repúblicas latinas de ultramar han escandalizado al mundo. La república demanda altísimas virtudes en los que, ora en la obediencia, ora en el poder, mantienen á nivel las diversas corrientes de la soberanía. Ni los elementos sociales, ni los antecedentes de la educación, ni la necesaria base económica hacían de las colonias de España, pueblos aptos para ser gobernados por un Washington. Fraccionadas en castas, con la mala semilla de lo que las leyes y los sociólogos españoles llamaban *mestizos*, no fueron amaestradas por un Franklin ni un Jéffersson, ni habían practicado como los americanos del norte las artes y la policía de la libertad. Conocían la libertad por el nombre y no por sus frutos; la vieron al través de la ilusión; y no la habían tenido en la ciudad propia, donde hubiese escrito, en-

señado, sufragado. Llegó como extranjera, y pocos supieron cortejarla y poquisimos servirla y amarla. Los indios, los semi-salvajes del bosque y la montaña, y los mestizos levantiscos y soberbios, no practicaron, no pudieron practicar la libertad; en términos que continúa en las costumbres el régimen colonial; y pudo escribirse lo que escribió un patriota quiteño en 1809: *último día del despotismo y primero de lo mismo*: matador epigrafe del libro de nuestra independencia, escrito al frente de su primera página.

Sin que nuestros padres lo quisiesen, sin que nuestros próceres lo sospechasen, nos sobrevino un diluvio de males: era la disconformidad entre la ley y el estado social. Había que acomodar, en lentos y dolorosos ensayos, las instituciones á las costumbres; más bien, hubo que formar las costumbres para la constitución, ya que no se hubo escrito la constitución para las costumbres. Eran los estragos de la ideología política, los peligrosos engaños de la retórica constitucional; y ¡doloroso es decirlo! muchos de nosotros, descendientes de los grandes poetas de espada como Bolívar y de los poetas estadistas como Olmedo, aún somos

indignos de la República: desde el fondo de las revoluciones y desde el lumen primitivo de la selva y la cordillera, el ciudadano no llegó á merecer la virtud de la democracia: de ella tomamos solamente la facilidad de la licencia, no la tolerancia ni la fraternidad; la pasión por la libertad, no su blando lecho y su colmada mesa.

Nosotros no hemos hecho la historia: nos la dieron hecha. Más todavía: nuestros libertadores y padres de la patria la crearon, empujados por la corriente avasalladora de sucesos y opiniones invencibles. Ellos se propusieron hacernos felices, bajo la paternidad del gobierno local, transmitido por el sufragio y fundado en la prohibición. Desde Bolívar y San Martín, desde los honrados patriotas de Quito, de Caracas, Santiago, Charcas y Buenos Aires, que formaron los Cabildos y las juntas que organizaron la independencia, una ilusión hermosa pasó por todos los cerebros de los hombres de armas como Miranda, Sucre, Belgrano, O' Higgins; de los sacerdotes, como Cortés Madariaga, Hidalgo, Henríquez, hasta los escritores, estadistas y oradores, como C. Torres, Zea, Nariño, Espejo, Rivadeneira, Bello. El ensue-

ño republicano se miró durante las primeras victorias de la magna guerra, como una próxima realidad. Los primeros esfuerzos de organización, que había conmovido las viejas colonias, inexpertas aún para obedecer y para intervenir en las funciones de la república. Muy pronto, asomó su pálida faz el terror democrático y lanzaban su caballo alborotados capitanes en cien turbios Rubicones. La Escuela de Setiembre, la de los sombríos destinos, mataba de dolor á Bolívar, asesinaba á Sucre y trazaba con el hierro los nuevos límites de muchos estados. Como una lamentación se escucharon las palabras últimas y el clamor de desengaño de los próceres colombianos, y quedaron como visión horrible los fulgurantes apocalipsis de Bolívar.

Lo que quisieron nuestros mayores, lo que se anheló conquistar con ríos de sangre, lo que ellos intentaron dejar en herencia á sus hijos no fué una realidad: lo fué para algunos más tarde; y para muchos de nosotros, no llega todavía. Al frente de estos países de los *tristes destinos* ¡compensación cruel y burla de la fortuna! están las antiguas naciones colombianas; y sobre ellas ¡oh terrible providencia! Vene-

zuela—el cerebro y el brazo, el Sinaí y el Calvario de la Revolución!

IV

Pero, no es buena práctica lamentarse de desastres, y cruzarse de brazos. Aquellos no son irreparables; ya que de su estudio viene la precaución para el porvenir. Nunca es tarde para la enmienda y menos tratándose de naciones. llamadas á vivir largamente. La caída misma trae la redención: y alguna vez, un escritor de la posteridad podrá repetir la paradoja: ¡Dichosa caída que nos trajo tal regeneración! Las naciones pecan algo más de setenta veces siete, y siempre podrán alcanzar misericordia.

A los cien años de existencia nacional, observemos lo que hemos mejorado, lo que de nuestro progreso se debe á la independencia y lo que nos cumple hacer para la felicidad social. Tente-mos las heridas, estudiemos la enfermedad con serenidad imparcial y con convicción de que no son irremediables nuestros infortunios. Vive nuestra nación; y aunque pobre y desvalida, no seamos tan menguados, que por tal, la despreciemos: antes bien las desventuras de la patria muevan nues-

tro corazón á añadir la ternura y la compasión al deber del amor filial.

V

El primer elemento de una nacionalidad es el territorio. ¿El Ecuador lo tiene definido y cierto? El mayor de nuestros conflictos existe aún. El Reino de Quito, que, histórica y jurídicamente, constituyó la república ecuatoriana, como tal Reino y con los linderos de la Audiencia y Presidencia coloniales, se proclamó independiente. Después, se adscribió á Colombia, en ejercicio de su soberanía; y disuelta Colombia, recobró su personalidad como nación y mantuvo sus primitivos límites territoriales.

El Ecuador, aún menos afortunado que el Paraguay, que el Uruguay, que las pequeñas repúblicas de Centro América, se ha conservado trabajosamente, oprimido por constantes usurpaciones, al Norte, al Sur, y sobre todo en la Región Oriental.

Tuvo que perder primeramente su derecho al triángulo del Apaporis, por donde avanzaban en marcha dos veces secular el Imperio y los Estados Unidos del Brasil. Luego, ha sentido la constante presión y conquista del

Perú, que nos arroja de nuestra propia casa, y ante el juez mismo llamado por él y por nosotros para dirimir la contienda, nos desafía en el terreno de las armas y nos niega la entrada al Marañón, á ese río nuestro por la historia y los sacrificios de siglos. Colombia también avanza con sus linderos en el Pacífico y en el Amazonas, allá, más allá de lo que sus propias leyes declararon y sus tratados reconocieron.

A los cien años, nos encontramos con que el Ecuador no tiene fronteras. Estas nunca pudieron definirse mejor que en los primeros años de independencia; pero, sea que las revoluciones nos empequeñecieran, sea que el padre de nuestra República, extranjero como fué, no tuweise para ella el afecto que inspira y determina las empresas duraderas, no obstante haber él luchado y vencido por nosotros, es lo cierto que desde 1832, hemos venido postergando la demarcación con el Perú; y esta nación artera y suspicaz por carácter y por sistema, pidió primero los límites de 1821, después los de 1832, después los de hoy. Su *statu quo* ha sido una marcha de conquista. Ayer no más, estábamos los ecuatorianos en el Mazán, muy cerca de la desembocadura

del Napo, y hoy nos mantenemos á la defensiva en el Aguarico. El Perú nos invade, el Perú pretende anular nuestra nacionalidad; y cada año se señala por un acto nuevo de su usurpación.

Por el Norte, hemos concluido con un tratado nuestra delimitación, sancionando las mutilaciones de antemano ejecutadas: al fin, se trataba de concesiones á un pueblo con el que formámos antes una gloriosa nación. Ni podíamos tampoco luchar por todas partes; y al conceder, nos cumplía conceder lo que no comprometía el porvenir y las tierras y zona de influencia que nos corresponden á juro de heredad y por interés y justicia internacional.

Estas tierras y zona de extensión son las que el Perú trata definitivamente arrebatarnos, y de las que en solemne ultimátum nos dice:—Ven á tomarlas—; las que asegura que ningún poder humano las arrancará de su dominio. Ha ido al arbitraje, sólo para asegurar su usurpación. Si pierde en derecho esos territorios, al Perú quédale el hecho de la rebeldía, como recurso final. El Ecuador ha ido pues al juicio, solamente para contemplar el triunfo de la iniquidad: en uno ú otro terreno, su

pérdida es inevitable: el corderillo sacrificado en Tarapacá, según el decir de un difunto estadista chileno, se ha cubierto con piel de lobo al volver la cara hacia el Norte, en frente al pequeño Ecuador.

Culpa grande é imperdonable de nuestros gobiernos, la de haber, ora por miserable ociosidad, ora por temor, ora por viles luchas de casa adentro, descuidado la conservación del territorio. Sin fronteras, no somos nación; con un vecino enemigo que amenaza señalar nuestros linderos con sus bayonetas, no somos nación: los colores del Ecuador parece que se destiñen dentro del mapa del Continente; y el pueblo que dió el primer grito de emancipación, cómo que tiene que nacer de nuevo mediante el heroísmo y la sangre de sus hijos.

VI

Los Próceres de Quito, antes de declarar su personalidad como pueblo y su derecho y su autonomía, levantaron los ojos al cielo, y escribieron las hermosas palabras que simbolizan la democracia cristiana: la libertad por la cruz; que es lo mismo que escribió el Divino Maestro del Evangelio: "la Verdad os hará libres".

¿Somos religiosos hoy, como quisieron nuestros padres que lo fuésemos? Somos libres? El escándalo de la cruz ha venido al fin á ser escándalo en verdad, de algunos de este pueblo: y una minoría fuerte por la audacia, dominadora como todas las minorías que constituyen poder, ha impuesto el Estado neutro, la instrucción neutra, la moral sin Dios; y es un hecho la cruz de la libertad; no la libertad de la cruz. A lo menos, el bien y la virtud tuvieran los mismos derechos ante la ley! Un país dividido por lucha religiosa es el más desventurado de la tierra; no es patria ni pueblo, confesó Renán. Dividida la sociedad, en la que por motivos de religión y moral, hay vencedores y vencidos; queda el desorden aparentemente organizado, los átomos dispersos y contrarios del individualismo.

Para colomar la persecución y la monstruosa desigualdad ante la ley, establecida en contra de los católicos, se acude á la justificación aquella de que las gentes han evolucionado, que la idea religiosa ha cedido el campo al interés positivista y que el ideal de la inmortalidad es extraño á la vida presente. Mas, tales excusas no eximen de tremenda responsabilidad á los po-

líticos que ponen fuera de la ley á los que no piensan como ellos. Se ha procedido también, por espíritu de reacción contra la tendencia religiosa muy acentuada que dió García Moreno á su Gobierno. Pero, las reacciones no deben ser venganzas; y es triste que en un país en que el libre pensamiento es apenas un disfraz de ocasión, se proceda como se procede en Francia contra realistas y católicos; como si aquí no fuéramos todos republicanos. En verdad que es risible que ahora el Estado quizá más radical (terrible palabra que anuncia terremoto) después de Francia, sea el Ecuador: ¡á lo que arrastra el miserable instinto de imitación!

VII

La nación es una familia grande, nada más; y para que viva y crezca, es condición que se consulte el bienestar de todos los asociados. Que el suelo sea pobre, que el territorio presente grandes dificultades para la comunicación, que vengan inciertas las estaciones á la agricultura; todo ello podrá ser evidente. Mas, no hay obstáculo que no pueda vencerse, ni tierra ingrata que no pueda alimentar á

los suyos. En los países escandinavos, á las orillas del helado Báltico, en las estrechas y casi pobres islas Británicas, viven los más felices moradores del mundo; y la souriente cultura y el emporio del comercio y de las artes que tuvieron su asiento en el Mediterráneo, pasaron hace mucho tiempo afuera del Estrecho y emigraron al Norte.

El hombre es el único autor de su felicidad; y la ética individual ó colectiva no se resuelve sino en el gran problema de la voluntad.

En el Ecuador, casi la totalidad de las poblaciones beben cieno destilado por agua; las ciudades no se han canalizado, y el aire que las envuelve guarda pestilencia y muerte; la luz es casi artículo de lujo. Caminos hay que los abrió el cayado del misionero ó la contera de la lanza del conquistador: lo demás lo ha venido arreglando la paciente mula, vehículo triste de las soledades andinas y de los bosques de la tierra baja. Ayer apenas, el ferrocarril, trabajosamente, como en un raptó de atrevimiento, ha llegado á Quito, á más de cuarenta años de haber iniciado su carrera: ha sido más

Jento su viaje que el del camello del desierto.

¿A qué se debe nuestra inferioridad económica? Pues, á los gobiernos malos, hijos de las pésimas revoluciones: entre revoluciones y dictaduras se nos han ido dos tercios de la vida nacional.

Al único hombre grande que tuvimos, genio indudablemente digno de otra tierra, no le perdonámos sus defectos, y lo matámos. Ese hombre quiso transformar el país, y á pesar de las inconveniencias de su genio, lo habría transformado por el trabajo, por la multiplicación de las comunicaciones, por la difusión de la enseñanza práctica y de las artes útiles y por la extensión dada á la colonización; todo esto dentro de una severa moral, de una honradez puritana y de un inflexible espíritu de justicia. Para tamaña empresa, necesitó y empleó medios discrecionales, y quiso una dictadura legal como la de Díaz en Méjico; y una dictadura de largo aliento, para educar al pueblo en el orden y enderezarlo hacia el bienestar definitivo. Todo este ensueño se deshizo en una atmósfera de sangre.

¡Qué destino el del Ecuador! Gar-

cia Moreno murió casi sin dejar herederos; y su obra moral no existe. De su obra material, queda lo que no han podido destruir los agentes de la naturaleza.

Y ahora, la situación económica aunque acusa mayores entradas fiscales, acaba siempre por el déficit. Y en cuanto á la fortuna privada, es tan relativo nuestro progreso con relación al de otros pueblos del mismo origen, que, en la estadística continental, somos ¡ay! una cifra de excepción.

VIII

Es base de la democracia que el gobierno sea la expresión de la voluntad de los asociados. La intervención de los gobernados en el gobierno es el fundamento del pacto republicano; y la forma principal del ejercicio de tal derecho radica en el sufragio.

Declarados repúblicas los nuevos estados americanos, la constitución fué título burlesco para la soberanía del ciudadano; y todo subsistió como antes: desaparecieron los reyes y los tiranos, los virreyes y las audiencias y capitanes generales, y quedó la tiranía con unas casi farsas de elecciones y de pralamentos.

En varias naciones de este revuelto continente del Sur, el sufragio, si no depurado, es ya un arma siquiera de lucha; y los partidos llegan al poder y se turban en el manejo de la cosa pública, ascendiendo por la escala del sufragio. Padece éste quizás la presión del soborno, las acometidas de la audacia y los zarpazos de la imposición. Pero, en el Brasil, en Chile, en la Argentina, en el Perú mismo, en Bolivia, el país define su suerte dentro del régimen electoral; se mueve, lucha, da signos de virilidad y energía. Los vencidos deben la derrota á su cobardía y los escándalos electorales tienen, además de la sanción de la ley, los anatemas de la opinión y el libre examen de la prensa.

En la mayor parte de nuestras llamadas repúblicas, el sufragio es una función más, del poder Ejecutivo; y el voto es burocrático: algo peor, militar. Si acaso resultare libre una elección, todavía hay el recurso de apoderarse de la urna y de inutilizar el sufragio ó suplantar el voto. Si ni esto es bastante, ¡el escrutinio es la elección! Se falsifica el voto, se falsifica la votación, se falsifican los registros, se falsifican las inscripciones. Y

así la elección es una mentira; el gobierno se elige á sí mismo; y elige casi siempre por medio del colegio electoral organizado: el cuartel. Y no sólo se elige así á los representantes de la llamada mayoría, sino á los de la supuesta minoría: el retablo se arregla de manera que los muñecos de maese Pedro asuman y hagan el papel, de antemano dispuesto. Ha llegado á un período de suprema agudeza la crisis del sufragio. Antes, el gobierno declaraba legítimo el derecho de luchar honradamente en el terreno electoral, por instinto mismo de conservación; y así lo declaró García Moreno, con hidalga franqueza. Andando los tiempos, después de breves y honrosos paréntesis de libertad electoral, tan sagrada función de la soberanía ha venido á parar en la falsificación y en todas sus malas artes. El poder es así engendrado por el crimen; y viciado nace desde las entrañas de su madre. Los ciudadanos, indefensos ante el fraude, esos mismos que desafían á la fuerza y afrontan la muerte junto á las urnas, no pueden ya luchar con la pluma de reptil del falsificador, con la multiplicación del voto militar, con la suplantación del voto y con el om-

nipotente, anónimo despotismo del es-
crutador.

En los albores de nuestra vida repu-
blicana, ya escribió como sentencia
fundamental Fr. Vicente Solano acer-
ca de que el origen de todo nuestro
malestar, radicaba en la gran farsa del
sufragio. Viciado el origen del po-
der, éste se constituye usurpación; y
la ciudadanía es una forma de esclavitud,
con nombre de libertad.

Que la audacia quiera multiplicar
hasta lo inverosímil los sufragios: será
tan fácil como añadir ceros á una ci-
fra cualquiera. Lo que es difícil es
encaminar una revolución al triunfo y
colocar á un caudillo en la magistra-
tura: los votos para legisladores y el
voto de estos legisladores es más hace-
dero que la firma de un oficinista cual-
quiera de la jerarquía administrati-
va. Se vence y se conquista: con pa-
peles de votación no se pierde después
lo conquistado. Es el mismo argu-
mento de Gonzalo Pizarro ó de Car-
vajal: "Con cédulas y ordenamien-
tos no se pierde lo ganado con las ar-
mas" Aún vive por acá la España
del siglo XVI; y no asoma, en muchas
partes, un La Gasca que ponga la ley
encima de la espada.

IX

Lo reseñado rápidamente, nos lleva á considerar el factor principal de nuestros desórdenes como sociedad, como gobierno.

Ya ante el Congreso de Angostura, el primero de Colombia, declaró el Libertador: “desgraciado al pueblo que tuviese que gobernarse por caudillos militares.” El cetro es de oro, no de hierro; y el caudillo militar tiene casi infulas de Rey, Rey efímero, sin la conciencia de serlo, y por lo mismo resulta más temible su poder. No existe el prestigio del oro y queda la fuerza del hierro.

Las repúblicas hispano-americanas no se formaron democracias cívicas como la Unión Norte Americana: fueron democracias militares en la más cruda comprensión de la palabra. Excepto el Brasil, que maduró en la monarquía para surgir adulto ya á la república; todos estos países han soportado el caudillaje nacido en el seno de las revueltas: el espantoso círculo de la tiranía que engendra la guerra civil y de la guerra civil que engendra la tiranía. Es la tremenda aristocracia americana, el cacique de

sable, aliado á veces con la toga aplebeyada, el señor feudal, el gran duque de las democracias de espada. ¡Ay de la Grecia de Pericles, cuando lleguen los deslumbradores caudillos, los héroes de la batalla! Ya Roma no será, cuando los Tarquinos revivan en Sila y Mario y los hijos de los Gracos se entreguen á César.

Chile primero, la República Argentina después, el Uruguay y Costa-Rica, han logrado por fin afianzar el régimen democrático dentro de la vida parlamentaria y por el mandato del sufragio. El soldado representa la guarda de la ley, la milicia resulta institución fraternal de defensa y la más noble encarnación del heroísmo y del amor á la Patria. Pero, invertidas las funciones públicas; que gobierne la fuerza, que elija el soldado y monopolice la clase militar las altas funciones políticas, significa degeneración y anuncia muerte. El gobierno en las democracias es algo así como el ejercicio de nuestro poder, del poder del individuo, algo así como una delegación de la voluntad del individuo, llamado obediente en el ciudadano gobernante. ¡Cuán difícil que el alfanje desempeñe este ministerio de paz!

No por esto se crea que habrá de conseguirse la ansiada ventura con el gobierno sólo de ideólogos y letrados, de los bandidos de muceta y de los bandidos de pluma, á quienes aborre-
cía Rocafuerte y denostaba García Moreno. Lo que constituye el equili-
brio en que se afirma la libertad es el gobierno de los honrados, de los hom-
bres prácticos, entendidos en hacien-
da y administración, que puedan ser
padres de familia de su pueblo, esos
que respeten la libertad de los demás
como la suya propia, que toleren la
representación de la minoría y hagan
de la república un animado certamen
de todos los partidos y todos los hom-
bres públicos, empeñados en genero-
sa rivalidad para procurar el bien de
la nación.

Ningún gobierno mejor que ese que
se ha llamado cívico, el gobierno que
el mismo Bolívar quiso para Colom-
bia; no el de Santander, militar dis-
frazado de leguleyo, sino el de un Joa-
quín Mosquera, de un Caicedo.

El Ecuador tuvo también la mala
fortuna, no sólo de formarse á la som-
bra de los dictadores guerreros de Co-
lombia y el Perú: Bolívar, Sucre, La-
Mar, Santa Cruz; sino que, disuelta

Colombia, nació por inspiración y por el brazo de un general muy ilustre, muy valiente, que había guerreado mucho en bien del Sur; pero también muy militar. Así, nuestra pobre nación nació y creció dentro del caudillaje; tuvo que tolerar los desplantes de un Urdaneta ó un Otamendi; y preparó el hábito de gobernarse militarmente. En 1845, el país, en una explosión de intenso y glorioso civismo, se levantó como un solo hombre, para ver de gobernarse sin los militares extranjeros, sentando las bases del gobierno local, de la administración, de la hacienda, dentro de la libertad y para cosechar los frutos, cada vez más inaccesibles de la independencia.

El gobierno que se formó en 1845— y que desdeñosamente fué llamado “de la vara del mercader”—pasó como miraje del desierto, ó nube de estío; volvieron los caudillos, tornó el hierro, tornó el monopolio de todos los poderes en manos de la milicia.

A modo de relámpago de brevísimó resplandor, asomó ese gobierno de Ascásubi y el Dr. Benigno Malo; ese gobierno á la inglesa, tolerante y liberal, no de nombre; ese gobierno modelo, según sentir de Don Pedro Mon-

cayo. Relámpagos fueron también, en la noche de nuestra historia constitucional, Espinosa, Borrero, Antonio Flores (hijo del Padre de la Patria) y Luis Cordero.

García Moreno fué un caso de excepción, no sólo en este punto sino en casi todos. Su gobierno no fué militar en el propio sentido de la palabra; pero la agitación revolucionaria en que se movió ese hombre extraordinario y su carácter mismo imperioso é indomable, dieron á su poder los caracteres de dictadura. Dictador por naturaleza; sin quererlo, continuó la tradición de los gobiernos militares.— Muerto él, fué gloria suya el que los hombres de espada que le rodearon no fueran sino los restos de antiguas tiranías de cuartel, los que inauguraron la dictadura del 8 de Setiembre de 1876, á la que el país debe la mayor de sus desventuras, como aquella otra que malogró no muy tarde la revolución del 45.

El gobierno blando de los estadistas no viene aún para nuestra patria: pues esperan tantos y tantos militares su turno de poder. Antes,—excepto sólo el gobierno de Antonio Flores—los cívicos han durado el espacio

de una mañana: la revolucíon, con su caudillo militar á la cabeza, los ha arrojado fuera. . . . como á ineptos. La libertad efectiva dada á todos ha sido calificada de inepticia: ¡tan mezquinos fuimos y somos!

Esta anormal situación se deduce de un estado social profundamente alterado. Los gobiernos no se preocupan sino de su conservación: el mando es un ejercicio constante del instinto de conservarse. De ahí el que sólo los hombres de uniforme aciertan á tenerse en el puesto, sosteniendo el único equilibrio posible. . . . el de Bre-no. No está colocada la clase militar en la condición de subordinada á los poderes del Estado: los centinelas, porque guardan la casa, se creen sus únicos dueños. Cambiados así los oficios y el orden de las cosas, no queda otra forma de gobierno, si tal puede llamarse, que el pretorianismo. Para escribir su historia, se ha menester la pluma de Tácito, y esa historia será la elegía de un pueblo.

Para libertarse de tan anormal situación, levántase una facción armada: ante su popular movimiento, desaparecen Flores, Urbina, Veintemilla. Mas, esas facciones producen nuevos

militarismos, y se multiplica el mal en su mismo remedio. La mano fuerte que pudo ahogar después á Claudio y á Vitelio cayó, para mal de todos, destrozada, frente al Capitolio: Bruto no mató en esta vez á César, sino á Pompeyo.

X

Los países pequeños han menester una honradez á prueba para mantener con la economía de los gastos y el limpio manejo de la hacienda, la existencia misma de la república.

El servicio del poder es de eminente patriotismo, nobilísimo sacrificio. La diaria corrupción de las masas, el olvido del Evangelio en la vida pública, y el industrialismo, aire viciado de la sociedad positivista, han hecho de la política una industria y del mando una granjería.

No se debe dar crédito á todas las acusaciones de los papeles periódicos que recogen los ecos de la opinión pública y subterránea contra los gobiernos. Pero, no se debe dudar, que se han comprobado grandes escándalos, que la sed de oro y de goces han engendrado revueltas, formado gobiernos y sacrificado el porvenir de la na-

ción. Los aventureros contratan y defraudan y el erario se encuentra como una ciudadela sujeta al asalto. La honradez no siempre puede defenderla: que el vicio no es ya excepción, y tal vez forma atmósfera.

Estos procederés que amenazan generalizarse, denuncian un hecho gravísimo: la crisis del patriotismo. No se sirve á la patria, se la sacrifica; no se manda, se gana. La gloria no significa ya recompensa; no hay galardón, á no ser un sueldo ó un negocio.

Los pocos hombres de bien que van quedando, desengañados y tristes, se han despedido del foro; y la ciudad carece de los atalayas de la justicia. Pocos son los espíritus serenos y de alto y soberano nivel intelectual y moral que amen más á la patria corrompida y pobre y enferma. Un soplo de pesimismo inclina hacia la desesperación ó el fatalismo á casi todos los ciudadanos. Los más violentos esperan de otra revolución el remedio: la discreta filosofía ve en la revolución la causa de todos nuestros males; y aguarda, aunque tardía, la reparación que se opere en la paz y por la mejora de la moral y las costumbres. Las revoluciones, como los terremotos, des-

truyen y no edifican: sólo edifican las fuerzas pacientes de la libertad y el orden, dentro del gobierno de la Providencia.

XI

La educación del ciudadano es la base de la ventura de la ciudad: la educación personal se traduce muy luego en la educación colectiva. En la escuela se forman las costumbres políticas, el gobierno y la administración. La escuela crea el bienestar del individuo y la familia, y prepara la justicia y la fuerza que conducen á la supremacía y al imperio.

El atraso de las colonias españolas debíase á su pésimo sistema de educación; y las colonias transformadas en repúblicas muy tarde algunas, y otras ni aún ahora, han logrado educar cumplidamente á las generaciones escolares.

El Ecuador fué uno de los primeros países hispano-americanos que intentaron cambiar la instrucción para realizar el bienestar.

Fué García Moreno, quien hizo por implantar aquí las ciencias, dar nuevo rumbo á la enseñanza universitaria, dignificar las artes y los oficios y trans-

· formar la enseñanza privada en el sentido de la utilidad: todo esto á tiempo en que se abrían caminos por todas partes. La constante revolución de esa época, promovida por el viejo militarismo y por la ideología romántica de una juventud enamorada de Grecia y Roma y esclava del genio de un famoso y brillante retórico, que jamás conoció la práctica de la vida y del gobierno—Montalvo—; malograron las tentativas y primeros frutos de aquella empresa civilizadora. Pasados van más de treinta años desde que desapareció García Moreno, quizás no nacido para este país; y de su obra escolar quedan apenas unas ruinas.

La enseñanza continúa formando ciudadanos entecos, física y moralmente; y la instrucción sigue de una sola cuerda. Alientan, en calidad de ensayo, algunas escuelas de artes y oficios. Mas la industria es de importación extranjera, extranjeras las empresas, extranjera la ciencia: somos materia de explotación para cualquiera, por nuestra ignorancia casi absoluta. Los que coronan sus estudios consiguen un lauro doctoral; los demás quedan expedidos para la milicia y las revueltas.

No hay escuelas de agricultura, no

hay una escuela de minas, no hay una escuela de marinos. ¿Dónde están los ingenieros nacionales, dónde los técnicos, los geógrafos?

En las Bellas Artes, en lo que sí ha progresado el país indudablemente, hemos escogido las más fáciles, las de poco fondo: la flor de la poesía, las artes del diseño; pero todo así por afición, sin base sólida, sin conciencia de la vocación artística y casi siempre como caso aislado.

Lo duradero y magnífico lo constituye la equilibrada distribución de las faenas del progreso: que no haya monopolio de unas profesiones en perjuicio de otras. Si abundan los abogados, por buenos que sean, resultan un mal para la república; y todos los fracasados de las profesiones, al fin acuden á la madre común, la política; porque han equivocado el camino, porque no se han educado para la riqueza, sino para el desastre individual y social.

¿Puede haber funciones públicas sabiamente ejercidas con ciudadanos educados en este desórreglo de la enseñanza? De esas multitudes escolares ¿surgirá el estadista que nos salve; el legislador que traduzca en ley

el estado social; el diplomático enterado de la justicia y la historia de la vida internacional; el guarda del tesoro público; y el administrador del dinero nacional, para bien de todos y cada uno de los moradores de la ciudad?

Los Congresos, altísimos cuerpos que en nuestro país representaron en ocasiones la ilustración y los intereses de todos, han llegado, por lo vicioso de su origen y la incompetencia de sus mayorías, á constituir algo como una enfermedad de nuestra existencia política. El legislador debe estar educado para ello, en larga práctica y paciente labor. La legislatura no es un torneo de rencores y celos de bandería: es la discusión solemne del bien y la verdad en su aplicación al progreso nacional. La legislatura ha de representar á mayorías y minorías: no ha de ser música de una sola nota y discusión casi solitaria y monólogo enojoso de un solo partido.

XII

Entre las funciones del Estado, ninguna más respetable que la administración de la justicia.

La justicia es la verdad en acción,

la práctica del derecho y el fundamento de la sociedad. Pueblo que fraterniza con el crimen es el crimen mismo organizado, la anarquía como institución y el mal moral como fin.

El pacto político se hizo principalmente para defendernos del crimen. ¡Feliz la sociedad en que sean tan pocos los crímenes, que la pena pueda ser benigna! La pena no es un término fijo de una ecuación social: la pena debe ser rigurosa donde es poderoso el crimen, y blanda donde el crimen asoma vencido y cobarde.

De las afrentas de nuestra historia, de las afrentas de hoy, aparece la mayor la multiplicación del delito, la impunidad del delito, la felicidad del delito.

Nos hemos dado el lujo de suprimir la pena de muerte, y el crimen nos ahoga. La libérrima Francia, aterrorizada ante la propagación espantosa de la delincuencia, con la estadística que gritaba á su oído—hay cuatro víctimas diarias en el territorio francés—acaba de rechazar la proposición de su gobierno de abolir la pena de muerte. Y nosotros, pueblo pequeñísimo, que cuenta quizás dos víctimas al día, hemos abolido la pena de muerte, para

practicar el asesinato en todas sus formas. Ensangrentado el palacio, ensangrentado el hogar, la sangre corre en numerosos campos y en nuestras poblaciones. Dió su fruto la sombría doctrina del *puñal de la salud*; y el asesinato es casi un poder. ¡Qué horror!..

Cuanto á los atentados contra la propiedad, son ya cosa corriente: basta saber que casi no existe ganadería en nuestros extensos páramos y llanuras: el robo ha consumido el pasado, el presente y el porvenir de esa riqueza.

Pero, más que el crimen, aparece espantosa la impunidad. De los centenares de crímenes que se cometen, de las estafas escandalosas, de los asesinatos de jefes de Estado, de los delitos contra el honor y la vida, ¿se castiga siquiera uno por mil? Poblaciones hay que son un presidio suelto . . . Hay patria? hay sociedad? y esperamos tranquilamente que consuma toda esta degeneración y esta busura el fuego del cielo?

Estado tan anormal ha producido desolación aterradora, ante el espectáculo de una justicia débil y de una impunidad cómplice del delito. Grandes crímenes políticos y sociales han

quedado inscritos en la historia: la justicia los ha absuelto por el miedo: los hombres de toga, tan charlatanes de suyo, han aprendido á callar. Una impunidad trae otra impunidad; y amenazados estamos de que nuestra sociedad, impotente para efectuar la sagrada ley de la defensa y la justicia de Lynch, desaparezca como una horda, indigna de llevar el nombre de pueblo y quizás el de tribu.

XIII

El balance de nuestra situación resulta nada halagüeño, y la epopeya de nuestra historia ha venido á parar en tragedia. Para los pueblos rivales nuestros, esta tragedia tiene mucho de cómico.

Nacida esta república sobre la sangre de Berruecos, contaminada por el contagio de intolerancias é idealismos de su vecina Colombia, mostrando de tiempo en tiempo en ella su lívida cara la falsa virtud de Marco Bruto, nos hallamos hoy como al principio: sin hábitos republicanos, sin fronteras, sin riqueza nacional, y dispersos por las ideas, por la casta, por los odios alimentados en la guerra civil. Casi no

somos sociedad, en el sentido de agrupación unida para un fin común.

Este mismo ferrocarril, obra de esfuerzo atropellado y gigantesco, este certamen nacional llevado á cabo por la tenacidad y energía de un gobierno ansioso de hacernos aparecer mejores de lo que somos, pruebas son de que, si algo hemos adelantado, ese adelanto ha sido el del enfermo que ha anticipado su convalecencia con inútiles esfuerzos. Volveremos al lecho del dolor. . . .

Pero, no hay raza, ni gente, ni pueblo incapaces de mejorar. En la vida de una nación, nada es un siglo; y la civilización preparada lentamente, por las reacciones mismas de la historia, llega quizás á ser civilización firme y duradera. La nuestra aún dormita en la penumbra de las primeras horas; mas, Dios que ha creado las naciones, que les ha dado fisonomía propia y ha encaminado su vocación, tiene presentes los destinos de nuestro pueblo. Vana no ha de quedar la sangre de tantas víctimas; y, al fin, vendrán, sobre la ruta de la paz, el renacimiento y la reorganización.

Nuestras dolencias, son dolencias de juventud, no de caducidad. Pasadas

las ilusiones juveniles, esperemos de la ley de la historia que lo supremo mismo de la desdicha nos salve: la catástrofe nos despertará á una vida más virtuosa y honrada. El terremoto nos obliga á la reconstrucción de la ciudad.

Entre tanto, examinado sin pasión el presente, estudiada la raíz del mal, con criterio tranquilo, oigamos la voz de la conciencia nacional, sin incomodarnos, sin reproches de partido, sin resentimientos y contracargos.

Sepamos ser mejores, pues que conocemos el pecado social; y creamos en la eficacia de la energía y del carácter, que salvan al hombre, al pueblo, á la raza, al mundo.

No juzguemos que se nos darán luego el gobierno modelo y la virtud en el mando, sin que antes nos hayamos hecho dignos de ellos. El gobierno como la ley es una resultante de las costumbres: vano será que nos sublevemos contra la tiranía, cuando la tiranía roe nuestras propias entrañas.

No se da con la fuente del malestar, cuando se lo busca sólo en el poder y no en la masa social, desconociendo el axioma incontrovertible del conde de Maistre: "Cada pueblo tiene el

gobierno que merece." Pretender el cambio de situación, por el cambio de gobierno, sin mejora de las costumbres, vale tanto como buscar la consecuencia, sin sentar las premisas. Hagámonos dignos de ser bien gobernados, y recordemos que la vara férrea de los reyes se dió al pueblo antes pastoril y manso de Israel, por su dureza.

Seamos virtuosos, practiquemos el Evangelio en la vida pública: en la obediencia y en el mando. Así, reformados los hábitos de sociedad, seremos unidos y seremos pueblo, que es la extensión de la familia, y tendremos un poder como paternidad, que es la condición de todo poder que sabe serlo.

Para caminar al logro de nuestra vocación como pueblo, precisa arrepentirnos de malas obras y realizar el programa de nuestra vida social, reduciéndolo á estas conclusiones:

La moralidad privada y pública, la honradez en la administración y la formación de la juventud en la virtud, único fundamento de la sociedad.

El respeto á la conciencia religiosa; y, hasta que sea posible volver á la verdad, siquiera la cobarde neutralidad entre la verdad y el error; pero jamás

la persecución contra el Cristianismo y el Catolicismo, cuya moral es la sola capaz de salvar al hombre y á la humanidad. Los anglo-sajones, los teutones, han llegado á la fórmula de la tolerancia práctica. Imitémosles, ya que aspiramos á imitarles en todo. Por lo menos exige la verdad católica el derecho hasta de los esclavos: la tolerancia. La discordia religiosa trae la ruina de un pueblo; y el patriotismo resulta imposible, porque no se compadece con el despotismo sobre la conciencia, que es lo más invencible en la naturaleza humana.

La reforma escolar con la moral por base, con la formación física y la instrucción armónica de todos los conocimientos, dando preferencia á las industrias, las ciencias y las artes útiles. La nación de muchos letrados, polemistas y escritores, abogados y profesionales sin clientela, tiene que ser casi nación de vagos, que al fin irán hacia las empresas de la revuelta, en demanda de las amargas y ensangrentadas migajas del Fisco.

El restablecimiento de la eficacia y alto decoro de la administración de justicia, la reforma de las leyes en el sentido de conceder á aquella cierto

saludable despotismo que salve al país de la espantosa propagación del delito; el restablecimiento de la pena de muerte para los crímenes atroces y la dignificación de la policía, como alta institución social, para prevenir la delincuencia y amparar el derecho, en toda circunstancia.

La moralidad administrativa y la precaución tenaz y terrible contra la lepra social del peculado y de los siniestros manejos que desvían la hacienda pública de su natural destino: que es volver, en forma de beneficio, á los contribuyentes, que sudan la sangre de sus economías, no para los ladrones del pueblo, sino para sus gestores y benefactores.

Procurar la unificación de todos los habitantes del país. Acercar al indio y al blanco, asimilar las razas, romper las barreras que separan al montañés del costeño, al hombre de la cordillera del de la playa. Esto, respetando los primitivos derechos territoriales de provincia, cantón y parroquia. La división del territorio no ha de ser de líneas en la carta geográfica, sino, de atribuciones dentro de una natural y quieta descentralización. La provincia sea una entidad autónoma dentro

y bajo la vigilancia del Estado; el municipio forme una persona dentro de la provincia y bajo su jerarquía; y la parroquia tenga vida propia en la vida municipal. Así se logrará la distribución de los beneficios, la sociedad será una realidad benéfica y el progreso una hacienda de todos y para todos.

La libertad electoral, como condición de la soberanía. No por esto se ha de negar á los miembros del gobierno la intervención, en calidad de ciudadanos, quizás privilegiados, en las luchas del sufragio. Con todo no ha de quedar este como función ejecutiva, y menos como función militar. La falsificación de votos y escrutinios debe castigarse como crimen de lesa república y con la mayor severidad, sin que sea susceptible de excusa y gracia, en ningún caso. Se ha de respetar el derecho de las minorías, como derecho natural en el régimen representativo. De este modo, se procurará dignificar los congresos, para que sean certámenes decentes de elocuencia y patriotismo, en que los diversos partidos rivalicen, para realizar la ventura de la comunidad.

Administrar más que gobernar: es decir, menos discursos y más bienes-

tar; mucha economía y poca retórica. Un territorio pobre, con hábitos de trabajo en sus moradores, puede llegar á una alta prosperidad. Se ha de convencer á todos de que es menester trabajar sin descanso, para ser felices como individuos y como nación. Se trabaja para hoy, se trabaja para mañana, se trabaja para la remota posteridad: es la solidaridad del trabajo en todos los tiempos, para formar la historia y para edificar la grandeza.

Pocas palabras y muchas acciones, y todos á la labor: el niño, la mujer, el anciano, cada uno en su sección, abejas de la colmena social. Trabaje el rico para el pobre, trabaje el pobre para el rico, trabaje la aldea para el Estado, y el Estado para la aldea. ¡Trabajo, trabajo, oración de trabajo, religión de trabajo! y seremos pueblo, y seremos hermanos, habremos formado patria, habremos triunfado. ¡Nosotros padecemos el ocio español, el ocio indígena: dos ocios! La raíz de todos nuestros quebrantos se encontrará en la inactividad de la raza. El movimiento es vida, la inercia putrefacción y muerte; el trabajo movimiento, calor y luz; es la fórmula di-

námica y única del progreso.

No hay agente que no pueda moverse, no hay sér extraño á la actividad. El espíritu de trabajo genera el heroísmo; y si trabajadores hubiéramos sido, como los españoles del siglo XVI y XVII, ya la montaña sería una sucesión de villas y ciudades, y nuestros pueblos, ricos y felices. Tenemos miedo al movimiento, y la naturaleza con su majestad nos domina: todavía somos sus esclavos. La selva está virgen, virgen la mina, virgen la fuerza gratuita del agua: somos los rezagados, los miserables en medio de la abundancia, condenados á las galeras de la inferioridad. Seamos fuertes, seamos pacientes, seamos invencibles, para ser hombres, para ser familias, para ser nación. Edifiquemos la villa, saneemos la población, demosla luz y agua, tracemos las infinitas redes del camino, multipliquemos las colonias, plantemos, ahorremos el esfuerzo por la ciencia, inventemos y hagamos nuestro, muy nuestro, el suelo, el subsuelo, el manantial, la electricidad; y forcemos al cielo á que nos haga felices. Muertos nosotros, queda la felicidad de nuestros hijos, queda la felicidad de la Patria, y queda el alto

ejemplo en la historia, para herencia de la humanidad.

Dando así rumbo nuevo á la actividad, iremos consolidando la paz y haciendo práctica la fraternidad, nombre propio de la sociedad. Sin motivos radicales de división, sin abismos que nos separen, encomendando á la misma libertad la solución de todos sus problemas, disintiendo solamente en asuntos de detalle, seremos afortunados, en cuanto puede serlo el hombre en la vida mortal.

Y si el partido y la discusión nos enardecen, la lucha sea tranquila; limpia, la disputa en la prensa; la urbanidad, ley del trato, y pasajera la venganza. Nosotros que escandalizamos al mundo con la confiscación, que dejamos empapada la historia con la sangre del asesinato político y hemos inventado formas nuevas de tortura; al cabo, por el hábito de la tolerancia y por la inspiración de la cultura, seamos hermanos hasta en la guerra civil. Y de este modo se aleje la guerra, como lo consiguió la venturosa y grande Bretaña, hace algunos siglos.

Cual si hubiesen acabado los terrores del año mil, ante el sol que se le-

vanta de nuevo para la alegría y la vida, recojamos del campo donde yacen abandonados, la azada y el arado; y comience la labor: dé vueltas la aceña, cruja el rastrillo, horade la piqueta, á los suaves acordes de la canción de la paz.

¡Americanos, ecuatorianos, ante las venerables sombras de los próceres y mártires de Quito que presiden desde la inmortalidad estos festejos, reconozcamos nuestras faltas, deploremos las locuras de este éxodo secular de la república; y juremos ser lo que nuestros padres quisieron para sus hijos: ciudadanos virtuosos dentro de una patria honrada y libre!

Remigio Crespo Toral.

